

¿DÓNDE SE ENCUENTRA EL ENIGMA SOBRE LA CREENCIA?

DAVID SOSA

Universidad de Princeton

En este trabajo investigaré el artículo de Saul Kripke “Un enigma sobre la creencia”. Mi investigación se enfocará sobre tres áreas. Primero, no siempre es claro dónde radica el enigma. ¿En qué consiste exactamente el enigma? Una segunda área será la metodología del artículo de Kripke. Creo que el enigma, y el uso que Kripke hace de él como una defensa del millianismo, incluye una metodología interesante a la que no se le ha dado la atención que merece. Mi propio rechazo de algunas de las posiciones de Kripke incluirá la misma maniobra que él usa para defender el millianismo. Tercero, discutiré las relaciones entre racionalidad, valor semántico y referencia tal como surgen en conexión con el enigma. Creo que el que las teorías fregeanas actualmente no estén en boga puede sustentarse en la insensibilidad a la conexión entre la racionalidad y las teorías de actitudes proposicionales. Hacia el final del artículo consideraré un desafío a la posición fregeana en la que se basa la respuesta que doy al enigma.

El argumento tradicional y sus análogos

En “Un enigma sobre la creencia”, Kripke trata de poner en tela de juicio la conclusión de que los contextos de

creencia no son “shakespeareanos”. Su objetivo consiste en socavar un tipo de argumento a favor de esa conclusión. No pretende establecer que tales contextos sean shakespeareanos: piensa, en última instancia, que ciertos ejemplos simplemente someten nuestras nociones de atribución de creencia y de actitud proposicional a la mayor tensión posible. Simplemente es enigmático cuál podría ser la verdad acerca de estos ejemplos. Según Kripke, la moraleja de su artículo es que no estamos en posición de extraer ninguna conclusión definitiva sobre la substitutividad en los contextos de creencia.

Así, el propósito de Kripke es rechazar un argumento en contra del shakespeareanismo. ¿Qué es el shakespeareanismo? Ser shakespeareano sólo es ser transparente con respecto a los nombres propios: el contexto aun puede ser opaco con respecto a otras expresiones referenciales (tales como descripciones definidas). El shakespeareanismo está constituido por el siguiente principio, dado primero informalmente y luego mediante un esquema de substitución (la clase de substitución para ‘N’ y ‘N’ es la clase de los nombres propios):

(S)hakespeareanismo: Los nombres propios codesignativos son intersustituibles *salva veritate* cuando figuran en otras expresiones,

o, $[\dots N \dots] \& N = N' \supset [\dots N' \dots]$.¹

Este principio se sigue de una posición filosófica acerca del valor semántico de los nombres propios:

¹ En realidad, un principio de substitutividad aun más fuerte en el que se substituye *salva veritate* por *salva significatione* también se sigue de la posición milliana por definirse. Junto con Kripke (*cf.* p. 104), me limito a expresiones que no incluyen ni citas directas (entre comillas) ni logófora.

(M)illianismo: El único valor semántico de un nombre es su referencia.

Kripke cree que cierto argumento tradicional falla en contra del millianismo. Este argumento tradicional explota el hecho de que (M) implica (S), junto con una *reductio* aparente de (S), para rechazar la posición que (M) define. Kripke afirma que la *reductio* aparente de (S) es una mera apariencia; puede derivarse el mismo resultado contradictorio, de un modo paralelo, sin el uso de (S). Esto sugiere que el argumento tradicional en contra del millianismo selecciona muy rápidamente (S) como la suposición culpable.

En primer lugar, acepto la afirmación de Kripke de que el argumento tradicional en contra del millianismo yerra al considerar ciertos ejemplos estándares como razón suficiente para rechazar (S). Sin embargo, creo que el argumento tradicional constituye un ataque exitoso contra el millianismo. El argumento de Kripke demuestra exitosamente que los ejemplos estándares no muestran (en ellos mismos) que la implicación de (S) por parte de (M) sea una consecuencia inaceptable. No obstante, me parece que los ejemplos estándares refutan (M), pues, como argüiré, (M) tiene otra consecuencia, a la cual se hace una apelación implícita en los ejemplos análogos de Kripke y a la cual puede hacerse una apelación implícita en el argumento tradicional. En otras palabras, creo que Kripke está en lo correcto al señalar que (S) mismo no es esencial para producir la contradicción que se deriva en el argumento tradicional. Él recrea esa contradicción de una manera paralela sin hacer ninguna apelación a (S). Sin embargo, si, como Kripke sugiere, sus ejemplos han de constituir una defensa de (M), no debe haber ningún otro principio que sea una consecuencia de (M) y al cual se haga una apelación implícita en su propio argumento. Esto es precisamente lo que creo que hay.

He aquí un modo de formular el argumento tradicional:

El argumento tradicional

| | |
|---|---------------------------------|
| (1) Jones es racional | Suposición |
| (2) Cicerón = Tulio | Suposición |
| (3) Jones cree que Cicerón denunció a Catilina | Suposición |
| (4) Jones cree que Tulio no denunció a Catilina | Suposición |
| (5) Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina | 2, 4, (S) |
| (6) Jones cree que Cicerón denunció a Catilina y Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina | 3, 5, conj. |
| (7) Si Jones cree que Cicerón denunció a Catilina y Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina, entonces Jones tiene creencias contradictorias | ? |
| (8) Jones tiene creencias contradictorias | 6, 7, <i>modus ponens</i> |
| (9) Si Jones tiene creencias contradictorias, entonces Jones no es racional | Def. de 'racional' ² |
| (10) Jones no es racional | 8, 9, <i>modus ponens</i> |

² Si esto parece demasiado fuerte, recuérdese que todas las creencias en cuestión se tienen de manera ocurrente [*occurrently*] y reflexiva (no estamos interesados en la creencia disposicional o implícita), y que puede suponerse que el agente en cuestión es “un lógico y filósofo destacado [que] *nunca* dejaría pasar creencias contradictorias” (Kripke, p. 122). En cualquier caso, considero este asunto con más detalle en “¿Hay un enigma sobre la creencia?”.

Al parecer, derivamos la negación de (S) —descargando (1), (2), (3) y (4)— ya que parece ser el único principio sustantivo que se usa en el argumento. (M) implica (S), así que parece que derivamos la negación de (M).

Kripke no ataca directamente este argumento, más bien trata de recrear los resultados contradictorios sin invocar (S). Kripke introduce dos principios muy básicos para este fin. El primer principio es:

(D)_{escitación}_{español}: Si un hispanohablante normal, con base en la reflexión, asiente sinceramente a ‘*p*’, entonces cree que *p*.

“La oración que sustituya a ‘*p*’ ha de carecer de mecanismos indécicos o pronominales o de *ambigüedades* que arruinarían el sentido intuitivo del principio” (pp. 112–113, el énfasis es mío).³

El segundo principio es:

(T)_{raducción}: Si una oración de un lenguaje expresa una verdad en ese lenguaje, entonces cualquier traducción de ella a otro lenguaje también expresa una verdad (en ese otro lenguaje).

Dados estos principios, Kripke construye sus análogos del argumento tradicional. Kripke considera, y esto es importante, que el argumento tradicional mismo involucra implícitamente a (D). Él podría formular así el argumento tradicional (*cfr.* p. 106):

³ Se supone que ‘*p*’ es una oración del español. Podemos imaginar principios de descitación análogos para otros lenguajes (D)_{escitación}_{inglés}, (D)_{escitación}_{francés}, etc., escrito cada uno en ese otro lenguaje, en el que ‘hispanohablante’ se sustituye apropiadamente y donde se supone que ‘*p*’ es una oración de ese lenguaje.

Formulación kripkeana del argumento tradicional

| | |
|---|-----------------------------|
| (1) Jones es racional | Suposición |
| (2) Cicerón = Tulio | Suposición |
| (3) Jones asiente a “Cicerón denunció a Catilina” | Suposición |
| (4) Jones asiente a “Tulio no denunció a Catilina” | Suposición |
| (5) Jones cree que Cicerón denunció a Catilina | 3, (D) _{español} |
| (6) Jones cree que Tulio no denunció a Catilina | 4, (D) _{español} |
| (7) Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina | 2, 6, (S) |
| (8) Jones cree que Cicerón denunció a Catilina y Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina | 5, 7, conj. |
| (9) Si Jones cree que Cicerón denunció a Catilina y Jones cree que Cicerón no denunció a Catilina, entonces Jones tiene creencias contradictorias | ? |
| (10) Jones tiene creencias contradictorias | 8, 9, <i>modus ponens</i> |
| (11) Si Jones tiene creencias contradictorias, entonces Jones no es racional | Def. de ‘racional’ |
| (12) Jones no es racional | 10, 11, <i>modus ponens</i> |

El primero de los análogos podría representarse del siguiente modo:

El análogo bilingüe (no simplificado)

| | | |
|------|--|----------------------------|
| (1) | Pierre es racional | Suposición |
| (2) | <i>Pierre, upon reflection, assents to “Londres es linda”</i> | Suposición |
| (3) | Pierre, con base en la reflexión, asiente a “ <i>London is not pretty</i> ” | Suposición |
| (4) | Pierre cree que Londres es linda | 2, (D) _{español} |
| (5) | <i>Pierre believes that London is not pretty</i> | 3, (D) _{inglés} |
| (6) | Pierre cree que Londres no es linda | 5, (T) |
| (7) | Pierre cree que Londres es linda y Pierre cree que Londres no es linda | 4, 6, conj. |
| (8) | Si Pierre cree que Londres es linda y Pierre cree que Londres no es linda, entonces Pierre tiene creencias contradictorias | ? |
| (9) | Pierre tiene creencias contradictorias | 7, 8, <i>modus ponens</i> |
| (10) | Si Pierre tiene creencias contradictorias, entonces Pierre no es racional | Def. de ‘racional’ |
| (11) | Pierre no es racional | 9, 10, <i>modus ponens</i> |

Podría crearse otra representación del análogo bilingüe usando una generalización de (D):

(D')escitación: Si un hablante- L normal, con base en la reflexión, asiente sinceramente a ' p ' (una oración de L) y si ' q ' es una traducción de ' p ' (al español), entonces S cree que q .

El análogo bilingüe (simplificado)

- | | |
|--|----------------------------|
| (1) Pierre es racional | Suposición |
| (2) Pierre, con base en la reflexión, asiente a "Londres es linda" | Suposición |
| (3) Pierre, con base en la reflexión, asiente a " <i>London is not pretty</i> " | Suposición |
| (4) "Londres no es linda" es una traducción (al español) de " <i>London is not pretty</i> " | Suposición |
| (5) Pierre cree que Londres es linda | 2, (D') |
| (6) Pierre cree que Londres no es linda | 3, 4, (D') |
| (7) Pierre cree que Londres es linda y Pierre cree que Londres no es linda | 5, 6, conj. |
| (8) Si Pierre cree que Londres es linda y Pierre cree que Londres no es linda, entonces Pierre tiene creencias contradictorias | ? |
| (9) Pierre tiene creencias contradictorias | 7, 8, <i>modus ponens</i> |
| (10) Si Pierre tiene creencias contradictorias, entonces Pierre no es racional | Def. de 'racional' |
| (11) Pierre no es racional | 9, 10, <i>modus ponens</i> |

Una ventaja de esta representación simplificada puede ser la de que cada línea del argumento está en el mismo lenguaje (español).⁴ Sin embargo, no creo que haya ningún problema sustancial por el hecho de que en el análogo bilingüe no simplificado los lados izquierdos de las líneas (3) y (5) estén en inglés. De cualquier modo, el argumento sólo se da informalmente y es de presumir que esa característica podría eliminarse si el argumento se representara formalmente.⁵ En aspectos relevantes, los análogos bilingües simplificado y no simplificado son equivalentes.

Además, en caso de que persista alguna tentación de sospechar de (T), Kripke crea otro análogo que incluso no hace ninguna apelación a (T) y que no usa (D').

El análogo monolingüe

- | | |
|--|---------------------------|
| (1) Pedro es racional | Suposición |
| (2) Pedro, con base en la reflexión, asiente a “Paderewski tiene talento musical” | Suposición |
| (3) Pedro, con base en la reflexión, asiente a “Paderewski no tiene talento musical” | Suposición |
| (4) Pedro cree que Paderewski tiene talento musical | 2, (D) _{español} |
| (5) Pedro cree que Paderewski no tiene talento musical | 3, (D) _{español} |
| (6) Pedro cree que Paderewski | |

⁴ También evitamos el uso de (T) y, con ello, el que se requiera, lo cual Kripke pretende, una forma del principio tarskiano de descitación para la verdad (véase p. 142, n. 26).

⁵ Cómo debería relacionarse exactamente una representación formal tal con una representación informal es, sin embargo, y como se hará hincapié más adelante, un asunto muy significativo.

| | | |
|------|---|---------------------------|
| | tiene talento musical y Pedro cree que Paderewski no tiene talento musical | 4, 5, conj. |
| (7) | Si Pedro cree que Paderewski tiene talento musical y Pedro cree que Paderewski no tiene talento musical, entonces Pedro tiene creencias contradictorias | ? |
| (8) | Pedro tiene creencias contradictorias | 6, 7, <i>modus ponens</i> |
| (9) | Si Pedro tiene creencias contradictorias, entonces Pedro no es racional | Def. de 'racional' |
| (10) | Pedro no es racional | 8, 9, <i>modus ponens</i> |

Kripke afirma que estos análogos muestran que el argumento tradicional no debería verse como una *reductio* de (S). Según él, el uso del caso de Jones como un contraejemplo de (S) es análogo a la situación siguiente:

Alguien desea dar una *reductio ad absurdum* en contra de una hipótesis en topología; tiene éxito en refutar esta hipótesis, pero su derivación de un absurdo a partir de la hipótesis hace uso esencial del esquema de comprensión irrestricto en teoría de conjuntos, el cual él considera como autoevidente. (En particular, la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas desempeña un papel clave en su argumento.) Una vez que sabemos que el esquema de comprensión irrestricto y la clase de Russell conducen a contradicción por sí mismos, es claro que era un error achacarle la contradicción a la hipótesis topológica (p. 118).⁶

⁶ Claro que la hipótesis topológica puede, no obstante, ser falsa y (S) también. La afirmación de Kripke es, simplemente, que si la situación es como él dice, no deberíamos afirmar que son falsos.

La sugerencia de Kripke es que la situación es similar con respecto a la intercambiabilidad de nombres propios code-signativos. ¿Cómo deberíamos responder a esta sugerencia?

Como he dicho, el argumento tradicional es insuficiente, por sí mismo, para culpar a (S). Pero creo que el argumento tradicional aún puede usarse para refutar (M). Es necesario decir mucho más para apoyar mi aceptación de la parte de la posición de Kripke que sí acepto y para apoyar mi rechazo del resto de su posición. En defensa de mi aceptación de esa parte de la posición de Kripke que sí acepto, primero me gustaría considerar y rechazar una respuesta posible que niega esa parte de su posición.

Una respuesta tentadora rechazada

Según una respuesta tentadora al artículo de Kripke, aun cuando pueda producirse una contradicción usando otros principios, esto de ninguna manera muestra que el argumento tradicional no sea una *reductio* de (S). Puesto que tanto en el caso análogo bilingüe como en el monolingüe se usa alguna clase de principio descitacional, pudiera pensarse simplemente que ambos análogos son reducciones al absurdo de (D)_{español} y sus análogos, en tanto que el argumento tradicional es una *reductio* de (S).

Nótese la estructura de esta respuesta: rechaza la versión de Kripke del argumento tradicional en favor de su representación original. En la representación original del argumento tradicional simplemente *se supone* que hay un Jones racional que cree que Cicerón denunció a Catilina y que cree que Tulio no denunció a Catilina. El defensor de la presente respuesta niega la pretensión de Kripke de que estas suposiciones se derivan implícitamente de la suposición más profunda concerniente al asentimiento de Jones a las oraciones correspondientes. Su postura es que hay un mundo lógicamente posible en el que un agente racional

crea que Cicerón denunció a Catilina y también cree que Tulio no denunció a Catilina. Evita la pregunta de cómo, en la práctica, justificamos el hacer tales atribuciones —(D) es innecesario; simplemente supone como hipótesis un mundo en el que aquellas atribuciones son verdaderas.

Esta respuesta me parece parcialmente correcta, pero en último término inadecuada. Sí me parece correcto decir que el argumento tradicional no necesita proceder por medio de ningún principio descitacional. Es una diferencia notable entre el argumento tradicional y los análogos de Kripke que las siguientes atribuciones son *prima facie* plausibles: *S* cree que Cicerón denunció a Catilina y *S* cree que Tulio no denunció a Catilina, en tanto que estas otras atribuciones no lo son: *S* cree que Londres es linda y *S* cree que Londres no es linda. *Presumiríamos* inmediatamente con respecto a las últimas atribuciones, aunque no con respecto a las primeras, que *S* no es racional, o que ha habido algún equívoco. De manera que el principio de descitación parece indispensable para los análogos de Kripke, en tanto que no parece indispensable para el argumento tradicional.

Hasta aquí la respuesta que estamos considerando puede ser correcta; sin embargo, pienso que la respuesta es inadecuada. Las razones por las que es inadecuada son de dos tipos: (i) al afirmar que los análogos de Kripke son reducciones al absurdo de (D), niega el principio descitacional (y ésta es una desventaja de cualquier respuesta semejante al enigma) y (ii) pueden generarse enigmas análogos al argumento tradicional con principios descitacionales aun más obviamente inobjectables o, incluso, sin ningún principio descitacional en absoluto. Esto sugiere que lo esencial en el enigma sobre la creencia es independiente del principio descitacional y del de traducción (de modo que podemos asumirlos por mor del argumento).⁷ He aquí, pues, cuatro

⁷ Me parece que el mismo Kripke pone demasiado énfasis en el

razones en contra de la presente respuesta al enigma de Kripke (en lo que considero como su orden creciente de fuerza).

Primero, el principio de descitación es un principio relativamente básico que gobierna nuestra práctica de atribución de creencias. Sean cuales fueren sus méritos, es claro que en la práctica confiamos en él. Me parece que esto constituye alguna razón en contra de la respuesta al enigma que estamos considerando, aunque no una razón muy fuerte. En nuestras prácticas puede haber muchos principios en los que confiemos que sean filosóficamente cuestionables. No obstante, si fuera el caso que sin tales principios de descitación muchas de las atribuciones de creencia que consideramos justificadas no estarían justificadas, entonces, negar aquellos principios nos dejaría con la tarea de encontrar una justificación alternativa para aquellas atribuciones. Así, es al menos una desventaja de esta respuesta, aunque no necesariamente insuperable, que involucre la negación de los principios de descitación.

Segundo, como señala Salmon, “una versión alternativa del enigma de Kripke puede generarse mediante un principio de descitación diferente y obviamente incuestionable [...] que liga condicionalmente la afirmación con la emisión de una oración” (Salmon, p. 130). En otras palabras, sea que el asentimiento sincero y reflexivo a una oración en un lenguaje que uno domina implique o no que uno cree la proposición expresada por esa oración, *ciertamente* sí implica que uno afirma esa proposición, y surge el mismo cúmulo de cuestiones si formulamos el enigma en esos términos. Esto sugiere que meramente evitamos las cuestiones profundas si tratamos de bloquear el enigma negando los principios de descitación.

papel que desempeñan los principios de descitación y de traducción en la creación de los enigmas.

Tercero, en la medida en que los ejemplos de Kripke sí parecen paralelos a los ejemplos tradicionales aducidos contra el millianismo, la respuesta anterior tiene la desventaja de que tiene que sostener que hay una diferencia sustancial entre los ejemplos. En el caso tradicional, se alega ahora, los resultados contradictorios son resultados de (S), mientras que en el caso de Kripke, el culpable es alguna variante de (D). Nótese que en el argumento tradicional no hay ni siquiera la tentación de dudar del supuesto (3) o del (4). ¿Por qué prohibir, entonces, el paso a las tesis análogas en los casos de Kripke? Como sostiene Kripke, “intuitivamente, el asentimiento de Jones tanto a ‘Cicerón es calvo’ como a ‘Tulio no es calvo’ tiene exactamente el mismo tipo de origen que el asentimiento de Pierre tanto a ‘Londres es linda’ como a ‘Londres no es linda’” (p. 133). Por ende, parece que si las atribuciones de creencia en el argumento tradicional son aceptables, también son aceptables en los casos de Kripke.⁸ La respuesta anterior tiene que negar esta intuición.

Finalmente, y éste me parece el argumento más fuerte contra la respuesta que estamos considerando, es posible que puedan crearse casos kripkeanos aun cuando no se use ningún principio de descitación. Para este efecto sólo necesita uno imaginarse a sí mismo en la posición de Pierre o (mejor aún) de Peter. ¿Acaso no es fácil suponer que uno mismo pudiera estar en una po-

⁸ Es más, podemos sospechar que Kripke ha puesto las cosas “de atrás para adelante” al derivar las creencias de Pierre a partir de sus asentimientos a oraciones del lenguaje ordinario. Si, como dice el mismo Kripke, “el asentimiento de Jones tanto a ‘Cicerón es calvo’ como a ‘Tulio no es calvo’ tiene exactamente el mismo tipo de origen que el asentimiento de Pierre tanto a ‘Londres es linda’ como a ‘Londres no es linda’”, entonces el asentimiento de Jones y el de Pierre tienen algún tipo de origen. ¿Cuál pudiera ser ese origen? ¿Acaso serían sus creencias en lo que expresan esas oraciones?

sición en que las atribuciones adecuadas fueran que uno cree que N es F y que N no es F ? Yo solía pensar que era una coincidencia interesante que hubiera un político muy conocido llamado ‘John Glenn’, dado que también había un famoso astronauta con el mismo nombre (pensaba que el astronauta había muerto en una misión posterior). La descitación parece ser irrelevante: yo me habría atribuido *a mí mismo* la creencia de que John Glenn había estado en el espacio y la creencia de que John Glenn no había estado en el espacio. No es que yo hubiera *inferido* a partir de mi asentimiento a oraciones del lenguaje ordinario, mediante el principio de descitación, que yo tenía que tener tales creencias. Yo no necesito inferir en absoluto qué creencias tengo, simplemente comunico mis creencias, y entre ellas, sostengo, se encontraban unas que comunican adecuadamente que John Glenn ha estado en el espacio y que John Glenn nunca ha estado en el espacio. Tal vez usted mismo se encuentre algunas veces en ese tipo de situación; casi con toda certeza puede imaginarse a usted mismo en esa situación.⁹

El asunto es que es inútil tratar de detener los ejemplos de Kripke antes de llegar al paso en que se atribuyen al agente las creencias de que N es F y de que N no es F . Existe siempre el problema acerca de lo que sería apropiado decir de uno mismo si uno estuviera en la situación de

⁹ En un ejemplo de Salmon acerca de la oración “Aristóteles es Aristóteles”, “aunque no lo sabemos, el filósofo de la Antigüedad no murió en tiempos antiguos como creemos, sino que se escondió, descubrió la piedra filosofal que retrasa el envejecimiento, y emergió en el siglo XX como el magnate de empresas de embarque” (Salmon, p. 175). Si este ejemplo fuera verdadero, ¿acaso no estaríamos *todos* en la situación de Pierre al creer a la vez que Aristóteles murió en la Antigüedad y que Aristóteles (el magnate de empresas de embarque) no murió en la Antigüedad (sino que nació y vivió toda su vida en el siglo XX)?

creer que N es F y que N no es F ; y aun cuando uno frene los argumentos de Kripke, uno tiene que enfrentar este problema. En un caso tal, podría simplemente asumirse que el agente (uno mismo) cree que N es F y que N no es F . Estas atribuciones no serían inferencias a partir de premisas anteriores más seguras, sino que serían premisas que ya no tienen ellas mismas fundamentos más seguros (como pueden serlo en el argumento tradicional).

Esta última razón contra la respuesta que estamos considerando sugiere que el papel de (D) en el enigma está exagerado. *Sea que consideremos que el argumento tradicional involucra esencialmente la descitación o no*, Kripke muestra (implícitamente) cómo crear análogos usando el mismo tipo de supuestos y principios que usa el argumento tradicional. Mi propia posición es que (D) no es esencial al argumento tradicional ni a los análogos al estilo de Kripke, de modo que la aceptabilidad de (D) no es una cuestión central en el enigma sobre la creencia. Puede ser mejor que se acepte el principio en caso de ser posible, pero la cuestión central es independiente.

Doy estas cuatro razones contra la posible respuesta alternativa al enigma antes delineada. Como he dicho, prefiero aceptar la afirmación de Kripke de que (S) no es esencial para crear los resultados contradictorios del argumento tradicional. Estoy convencido de que los casos que nos presenta son análogos de maneras relevantes al argumento tradicional y de que no usan (S). Así, rechazo el uso del argumento tradicional (en sí mismo) como una *reductio* de (S). *Pero no creo que el argumento tradicional pierda con ello su efectividad contra el millianismo*. Propongo transformar el argumento tradicional, conjuntamente con los análogos de Kripke, en un ataque a (M) que evite (S).

Puesto que la situación metodológica es tan compleja, trataré de aclarar aún más mi posición. Respecto del uso del caso de Jones como un argumento contra (S) y del

uso del caso de Pierre y Peter como análogos de aquél, creo que tenemos la siguiente situación:

Alguien desea dar una *reductio ad absurdum* en contra de una hipótesis, y aunque su derivación de un absurdo a partir de la hipótesis pueda hacer uso de los principios auxiliares (D) y (T) que él acepta como autoevidentes, el uso de esos principios no es esencial para derivar el absurdo. Una vez que sabemos que el mismo absurdo puede recrearse sin la hipótesis (con o sin (D) y (T)), es claro que sería un error achacarle la contradicción a la hipótesis (o a los principios auxiliares).

Si estoy en lo correcto respecto de que ésta es la situación hasta aquí, ¿a qué hay que reprochar, entonces, por los resultados absurdos que se obtienen en los casos enigmáticos?

Una idea

Nótese que algunas situaciones no permiten la creación de un enigma análogo. Al ver qué evitaría la creación de un análogo al estilo de Kripke, podemos entender mejor qué es lo esencial de esos análogos. Rock es un hablante monolingüe normal del castellano que nunca ha salido de su pueblito París, Texas. Por supuesto que ha oído hablar de esa famosa ciudad lejana, París, aunque él mismo no haya visitado nunca Francia. Con base en lo que ha oído decir de París se inclina a decir, en castellano, “París es linda”. Con base en su emisión sincera en castellano, concluiremos: (i) Rock cree que París es linda. La opinión de Rock sobre su propio pueblo es mucho menos favorable; basándose en lo que ve, se inclina a asentir a la oración del castellano “París no es linda”. Con base en su asentimiento sincero a esa oración, deberíamos concluir: (ii) Rock cree que París no es linda. El (no)-enigma es cómo describir esta situación: ¿cree Rock, o no, que París es linda? Tenemos:

El análogo no exitoso

| | |
|---|-------------------------------|
| (1) Rock es racional | Suposición |
| (2) Rock cree que París es linda | Suposición |
| (3) Rock cree que París no es linda | Suposición ¹⁰ |
| (4) Rock cree que París es linda y Rock cree que París no es linda | 2, 3, conj. |
| (5) Si Rock cree que París es linda y Rock cree que París no es linda, entonces Rock tiene creencias contradictorias | ? |
| (6) Rock tiene creencias contradictorias | 4, 5, <i>modus ponens</i> |
| (7) Si Rock tiene creencias contradictorias, entonces Rock no es racional | Def. de 'racional' |
| (8) Rock no es racional | 6, 7, <i>modus ponens</i> |

¿Qué diferencia hay entre esto y el enigma original? ¿Cómo deberíamos resolver este enigma? Desde luego, en este caso “París” es ambiguo. Pero Kripke es inexorable: “no es ninguna solución observar que alguna otra terminología que evada la cuestión de si Pierre cree que Londres es linda pueda resultar suficiente para formular todos los datos relevantes” (p. 123). No deberíamos evadir la cuestión de si Rock cree que París es linda: ¿cree Rock, o no, que París es linda? La importancia de la ambigüedad de “París” para el

¹⁰ Los pasos (2) y (3) aquí se pueden derivar de supuestos junto con un principio de descitación; pero tal derivación sería redundante. El ejemplo que he creado es lógicamente posible (probablemente hay, de hecho, muchas personas en la situación de Rock) y en cualquier caso las atribuciones parecen ser plausibles en el ejemplo tal como se ha presentado.

enigma tiene que hacerse explícita. ¿Qué implica el hecho de que “París” es ambiguo respecto de la pregunta básica concerniente a lo que Rock cree?

Es especialmente claro, en el caso de Rock, que atribuirle la creencia de que París es linda y la creencia de que París no es linda no es atribuirle creencias contradictorias. Aunque “París es linda” y “París no es linda” tengan estructuras sintácticas que frecuentemente se traducen como contradictorias lógicas en un lenguaje regimentado, en este caso usamos diferentes constantes para las diferentes figuraciones de “París”. Aquellas oraciones se traducirían como ‘ Fc ’ y ‘ $\sim Fc$ ’.

La idea central que hemos de capturar es que *no* es el caso que para todos los nombres Ψ del lenguaje ordinario, $[\Psi \text{ es } F]$ y $[\Psi \text{ no es } F]$ sean contradictorias. Esto contrasta tajantemente con las constantes formales: para cualquier constante formal φ , $[F\varphi]$ y $[\sim F\varphi]$ serán contradictorias. El asunto entonces es: ¿cuándo podemos representar las oraciones del lenguaje ordinario $[\Psi \text{ es } F]$ y $[\Psi \text{ no es } F]$ como $[F\varphi]$ y $[\sim F\varphi]$ respectivamente? Bueno, parece que $[\Psi]$ tiene que no ser *ambiguo*.

¿A dónde nos lleva esta consideración? En el análogo no exitoso, el paso (5) parece ilegítimo; volvamos ahora a los pasos correspondientes en el argumento tradicional y en los análogos de Kripke. En cada uno de aquellos argumentos había un paso análogo al paso (5) aquí. En cada caso dejé simplemente un signo de interrogación como la justificación para esa línea. Para hacer justicia a nuestras intuiciones sobre estos argumentos, tenemos que encontrar un principio para sustituir aquellos signos de interrogación tal que el principio efectivamente *parezca justificar* el paso en el argumento tradicional y en los casos de Kripke, pero que haga claramente ilegítimo el paso correspondiente en el análogo no exitoso.

He aquí el principio que creo que hace el trabajo:¹¹

(H)ermenéutico: Si un nombre en el lenguaje ordinario tiene un solo *referente*, entonces puede representarse correctamente en el lenguaje lógico mediante una sola constante.

“Cicerón”, “Londres” y “Paderewski” en los argumentos anteriores tienen cada uno de ellos una sola referencia definida. De acuerdo con (H), entonces, podemos representarlos lógicamente a cada uno de ellos mediante una sola constante y así justificar, respectivamente, el paso (7) del argumento tradicional (el paso (9) en la versión de Kripke), el paso (8) del análogo bilingüe y el paso (7) del análogo monolingüe. “París” en el análogo no exitoso no tiene un solo referente —esto distingue el paso (5) del análogo no exitoso. En efecto, (H) considera que el que un nombre tenga un solo referente es suficiente para que sea no ambiguo (en el sentido relevante para la representación mediante una sola constante lógica).

Ya que naturalmente aceptamos aquellos pasos en el argumento tradicional y en los análogos de Kripke, pero lo rechazamos en el análogo no exitoso, tiene que haber un reemplazo para “?” en cada uno de esos pasos tal que el reemplazo parezca justificar la inferencia en el argumento tradicional y en los análogos de Kripke, pero no

¹¹ Tal vez sea un principio aun más fuerte el que de hecho está en juego:

(H')ermenéutico: Un nombre propio en el lenguaje ordinario puede representarse correctamente en el lenguaje lógico mediante una sola constante *si y sólo si* tal nombre tiene un solo *referente*.

parezca justificarla en el análogo no exitoso. Sostengo que (H) es dicho reemplazo. El problema con el análogo no exitoso es que no satisface el antecedente de (H): “París” en ese ejemplo claramente no tiene un solo referente. En los otros casos, sin embargo, el término constante relevante sí satisface el antecedente de (H); por ende, (H) justificaría la inferencia en esos casos.

Cambio de sentido

Cambiando prontamente de sentido, ¿por qué no considerar aquellos argumentos anteriores como otras tantas reducciones al absurdo de (H)? Si (H) es esencial para crear los resultados contradictorios, esto es, si no puede crearse un análogo del argumento tradicional sin el uso de (H), entonces parecería que los análogos de Kripke también, tal vez, como los argumentos tradicionales, son reducciones al absurdo de (H). Consideremos las consecuencias de tal posición.¹²

Es importante notar que (H) se sigue de (M), pero no tiene que seguirse de una posición que permita que un nombre propio en el lenguaje ordinario tenga un valor semántico distinto de su referente.¹³ Si el único valor semántico de un nombre propio es su referente, como en el millianismo, entonces el que un nombre tuviera un solo referente sería suficiente para asegurar que es adecuado representar ese nombre mediante una sola constante lógica. Por otro lado, al permitir que un nombre propio tenga un valor semántico que determine su referente pero no sea determinado por él, uno estaría en posición de esta-

¹² Si (H) se sigue de (S), cualquier *reductio* de (H) es una *reductio* de (S). Así es que tal vez después de todo tengamos una prueba (aunque sea *indirecta*) de que el argumento tradicional es una *reductio* de (S).

¹³ Recuértese la restricción general a expresiones que no contienen ni citas ni logófora.

blecer condiciones más fuertes sobre la representación de un nombre mediante una sola constante lógica. Si uno sostuviera que los nombres propios tienen sentidos así como referentes, y sostuviera que los sentidos podrían variar aun cuando el referente permaneciera el mismo,¹⁴ entonces uno podría permitir que un nombre fuera ambiguo aun cuando tuviera una sola referencia. Un nombre que tenga más de un sentido tendría que representarse mediante varias constantes lógicas diferentes, una para cada uno de los sentidos del nombre. *El fregeanismo puede ver ambigüedades a las que el millianismo es ciego.*

Mi sugerencia es que los pasos (8) y (7) de los análogos bilingüe y monolingüe, así como el paso (7) del argumento tradicional (y el paso (9) de la versión de Kripke), se justifican apelando a un principio, (H), que a su vez sólo se justifica por el millianismo. Los ejemplos, entonces, equivalen a tantas otras *reducciones al absurdo* del principio y con él del millianismo (en tanto que (D) no sea esencial a aquellos ejemplos, como argumenté antes). (H) considera suficiente para que un nombre no sea ambiguo que tenga un solo referente, pero *puede haber un tipo de ambigüedad que sea compatible con el hecho de tener un solo referente*. Si, por ejemplo, “Londres” en el análogo bilingüe es de esta manera ambiguo, y es plausible suponer que lo es, entonces puede ser que el paso (7) de ese análogo no esté justificado.

Una respuesta natural a lo que aquí sugiero podría ser: “¿Qué? ¿Estás afirmando que incluso si Pierre cree que

¹⁴ Nótese que aquí hago abstracción de cualquier usuario concreto del nombre. Esto tal vez sea una extensión de la posición del mismo Frege, pero sería una que me parece que concuerda fundamentalmente con su actitud de que los sentidos son entidades objetivas que no dependen del usuario. Según la posición que considero, puede haber más de un sentido asociado, por un usuario dado, con un único término que tenga una sola referencia. Esta distinción adquirirá mayor significación más adelante, cuando defienda una posición fregeana en contra de una objeción de Kripke.

Londres es linda y que Londres no es linda (y aquí sólo estamos hablando de Londres, Inglaterra), él puede no tener creencias contradictorias?!” El atractivo de tal respuesta es que las afirmaciones cuya justificación pongo en duda parecen *prima facie* irrefutables. Me gustaría sugerir que esta apariencia es solamente el resultado de una presuposición muy tentadora pero finalmente controvertible. Hay muchas maneras de formular esta presuposición. Una manera es la siguiente: un nombre que tiene únicamente un solo referente no es ambiguo.

Recuérdese que más arriba (p. 11) subrayé la palabra “ambigüedades” en los comentarios aclaratorios de Kripke acerca del principio de descitación. En el contexto de una disputa entre el millianismo y el fregeanismo, la noción de ambigüedad se plantea indirectamente. ¿Por qué? Porque esa disputa es una disputa sobre la clase de valor semántico de una determinada clase de término. El fregeanismo postula una clase de valor semántico que determina —aunque no está determinada por ella— la clase de valor semántico postulada por el millianismo, y dado que el que un término sea o no ambiguo (en el sentido aquí relevante) depende de si acaso tiene más de un valor semántico¹⁵ (de una clase dada), la noción de ambigüedad se plantea indirectamente en la disputa entre el millianismo y el fregeanismo.

¹⁵ Aunque, si fuera preferible lexicográficamente, el fregeanismo podría admitir que ‘ambiguo’ significara *tener más de un referente*. Apoyo para esto sería la intuición de que, ya fueran contradictorias o no, *e.g.*, *las creencias de Peter, lo que él dice en español* es contradictorio. Desde luego que si el fregeanismo admitiera esta terminología, entonces tendría que exigir, para la representación adecuada de un término singular por una constante lógica, no sólo que el término no fuera ambiguo, sino, más generalmente, que el término no tuviera más de un solo valor semántico básico. (Aun peor, también podría divorciar el concepto de *lo que una oración dice* de aquél de una *proposición o contenido*.)

Dada la posibilidad de lo que podría llamarse ambigüedad fregeana (en donde un término es ambiguo a pesar de tener únicamente una sola referencia definida), no está claro si acaso el principio de descitación se aplica.¹⁶ Pero inclusive no es claro si acaso las presuposiciones estándares de la representación lógica se satisfacen. En particular, como vimos, incluso si Rock cree que París es linda y que París no es linda, él puede no tener creencias contradictorias. Desde luego, dice la respuesta, ya que “París” es ambigua como está en el ejemplo, “París es linda” y “París no es linda” no se contradicen entre sí. Estoy de acuerdo. Pero ¿cuál es la noción de ambigüedad que estamos usando? Si la noción implicada fuera que un término constante, para ser ambiguo, solamente necesita tener más de un único sentido, entonces no es claro que no deba dársele el mismo tratamiento al caso de Pierre. Y si para que un término sea ambiguo es necesario que tenga más de un referente, entonces, me parece, se está presuponiendo el millianismo.

Desarrollo y defensa de la posición

Esto es entonces sustancialmente mi análisis del enigma de Kripke: como defensa del shakespearianismo frente al argumento tradicional, el enigma de Kripke sobre la creencia es un éxito hasta donde llega. Pero apareciendo como lo hace en el contexto más amplio del asunto entre el millianismo y el antimillianismo, no logra adecuadamente defender el millianismo. El millianismo implica no solamente un principio muy liberal de sustitutividad, sino también un principio hermenéutico muy liberal. Cualquiera de

¹⁶ Por ‘aplica’ quiero decir que sus presuposiciones estén satisfechas, *no* que sea verdadero. He argumentado que el tema de la verdad de (D) es independiente del tema central del enigma sobre la creencia. Aquí sostengo, y más adelante desarrollaré esta afirmación, que el tema de la *aplicabilidad* de (D), sea o no verdadera, *no* es independiente de ese tema central.

estos principios, (S) o (H), conduce a caracterizar como contradictorias las creencias sostenidas reflexivamente y de manera ocurrente [*ocurrently*] por agentes racionales. *Pero ningún agente racional sostiene reflexivamente y de manera ocurrente creencias contradictorias.*¹⁷ Así es que los principios están errados y al rechazarlos, rechazamos el millianismo.

En contraste, imagínese una posición que sostuviera que algunos términos singulares pueden ser ambiguos aun cuando tengan un solo referente, pero que otros términos no pueden serlo. En particular, imagínese una posición que sostuviera que las descripciones definidas pueden ser ambiguas aun cuando tengan únicamente un solo referente, pero que cualquier nombre que tenga una sola referencia definida no puede.¹⁸ Tómese una expresión como “la dueña de los bancos”. Esa expresión podría referir a una sola magnate de propiedades y finanzas. A estas alturas podemos imaginar fácilmente cómo podría ir el enigma: Johnson, quien vive en una pequeña ciudad que tiene solamente dos instituciones financieras y un río, tiene una cuenta en Ahorros y Préstamos Acme y en alguna ocasión ha visto a la accionista mayoritaria de esa institución, quien, sabe Johnson, es también la accionista mayoritaria de Depósitos y Fideicomisos Nacionales, al otro lado del pueblo. Es escéptico, sin embargo, acerca de la generosidad y cree que la dueña de estos bancos no es generosa. Más tarde, pescando desde los bancos del río cercano, Johnson se en-

¹⁷ Aquí hago una suposición controvertida; *cfr.* Salmon, apéndice A. Discuto este tema con mayor detalle en “¿Hay un enigma sobre la creencia?”.

¹⁸ Debería notarse que el ejemplo anterior que involucra “París” de ninguna manera apoya *esta* posición, ya que en ese ejemplo “París” no tiene una sola referencia definida. Su ambigüedad no es a pesar de una sola referencia definida sino precisamente a causa de la existencia de más de una referencia.

cuentra con la dueña de la propiedad circundante (pero no la reconoce). Ella le dice que está invitado a pescar en su finca cuando quiera. Johnson se impresiona con su generosidad. ¿Es irracional Johnson?

Es interesante notar que el milliano (tanto, quizás, como Kripke) respondería a tal ejemplo exactamente de la manera en que he respondido más arriba a los análogos de Kripke. Si, porque “la dueña de los bancos” se refiere a una sola persona, podemos descitar a Johnson, entonces podríamos derivar que él cree que la dueña de los bancos es generosa y que cree que la dueña de los bancos no es generosa. Podría argumentarse que se viola la presuposición de univocidad del principio de descitación. Pero en cualquier caso el ejemplo hace plausible simplemente el asumir que Johnson tiene las creencias relevantes. Ahora bien, ¿son contradictorias esas creencias? En este caso, los millianos dirían que “la dueña de los bancos es generosa” y “la dueña de los bancos no es generosa” no se contradicen entre sí. “La dueña de los bancos” es ambigua (en el sentido relevante) aun cuando se refiere claramente a un solo individuo. Los millianos sin embargo, insisten en que hay una diferencia importante entre los ejemplos anteriores y este nuevo, y se supone que esta diferencia legitima su distinción. La diferencia es que este ejemplo involucra una descripción definida donde los otros involucran nombres propios.

La posición milliana puede parecer más atractiva en relación con una noción correlativa a la de ambigüedad, esto es, la noción de sinonimia. La idea sería que para que los nombres sean sinónimos necesitan únicamente compartir una referencia, mientras que las descripciones definidas son sinónimas únicamente en condiciones lógicamente más fuertes: cuando sus términos constituyentes son ellos mismos correferenciales, por ejemplo. Ésta es una posición milliana consistente, desde luego, pero he argumentado que

encuentra dificultades con el enigma sobre la creencia. En efecto, la posición fregeana asimila al caso de la descripción definida los casos que involucran nombres propios. Y sería una petición de principio, me parece, responder a mi argumento apelando a una diferencia entre los nombres y las descripciones definidas: si hay o no una diferencia tal es desafiado implícitamente por mi argumento.

Para regresar a la línea principal del argumento, creo que Kripke refuta exitosamente la afirmación de que ciertos ejemplos estándares demuestran por sí mismos la inaceptabilidad de (S). De cualquier modo, para que esa refutación constituya una defensa indirecta del millianismo, como sugiere Kripke, no debe haber implicado en sus propios análogos ningún otro principio que, como (S), sea una consecuencia del millianismo. Eso, me parece, no puede hacerse. Algo como (H) debe estar presupuesto para obtener los resultados contradictorios. Más aún, como (H), de nuevo al igual que (S), no es una consecuencia del fregeanismo, los enigmas (¡de hecho, los enigmas de Kripke ahora ayudan a este respecto!) constituyen un soporte indirecto para una posición fregeana.

La situación metodológica ha resultado ser como sigue:

Alguien desea dar una *reductio ad absurdum* en contra de una hipótesis (S). Parece tener éxito en refutar la hipótesis y, aunque su derivación de un absurdo a partir de la hipótesis pueda hacer uso de los principios auxiliares (D) y (T), que él acepta como autoevidentes, el uso de estos principios no es esencial para derivar el absurdo. Una vez que sabemos que el mismo absurdo puede recrearse sin (S) (o sin (D) o (T)), no deberíamos achacarle la contradicción a (S) (o a los principios auxiliares). Si nos damos cuenta, sin embargo, de que hay un principio general, (M), tal que el enigma no puede crearse sin alguna consecuencia (*e.g.*, (S) o (H)) de ese principio (de nuevo, con o sin (D) y (T)), entonces tenemos buenas razones para culpar a (M) de los resultados contradictorios.

He formulado mi problema en términos del principio hermenéutico y los pasos que lo requieren. Ésta es una manera de indicar mi respuesta al enigma.¹⁹ Desde luego, hay otras maneras de formular lo que esencialmente es el mismo problema. Ya he afirmado que si se tiene que rechazar el principio de descitación es para desventaja de una posición.²⁰ Hay, sin embargo, una manera de transformar la respuesta que aquí doy en una respuesta que rechace la *aplicabilidad* del principio de descitación (ya sea que el principio mismo se rechace o no). Recuérdese que Kripke mismo limita la aplicabilidad de ese principio a casos en los que la expresión de la creencia del agente no contiene ninguna ambigüedad. Cuando aplicamos el principio de descitación para el inglés a Pierre (después de que se ha mudado a Londres) y concluimos que cree que Londres no es linda, ¿acaso no es por lo menos controvertible que el término de lenguaje ordinario ‘Londres’, como lo usamos entonces, tenga un solo sentido? Y si efectivamente tiene más de un sentido, y si no presuponemos el millianismo, entonces ¿acaso no es por lo menos controvertible que la aplicación del principio de descitación sea legítima? De ma-

¹⁹ Puede ser que el paso (7) del argumento tradicional (paso (9) de la interpretación de Kripke), en contraste con los pasos (8) y (7) de los análogos bilingüe y monolingüe, respectivamente, *si satisfaría* un principio hermenéutico mejorado (fregeano). Si es así, y si, como he argumentado, los principios de descitación y de traducción no son esenciales para crear el enigma, entonces el problema con el argumento tradicional después de todo *si sería* su uso de (S) *contra* Kripke. Sus ejemplos son disanálogos, según esta postura, por usar nombres ambiguos-fregeanos donde el argumento tradicional no lo hace. El punto básico de la analogía, sostengo, su confianza última en (M), permanecería. Así, el enigma de Kripke no va lo bastante lejos en su defensa de (S). Finalmente el argumento tradicional (o una versión de él) puede usarse (junto con otras consideraciones aquí aducidas) para rechazar (S).

²⁰ No he argumentado o sostenido que el principio sea verdadero, sencillamente que sería mejor no rechazarlo como falso.

nera similar para Peter y ‘Paderewski’. (Una vez más, esto no es rechazar el principio mismo, sino meramente sugerir que una de sus presuposiciones puede no ser satisfecha en los casos relevantes.) Por lo tanto, *podríamos decir que el enigma sobre la creencia es el problema de la ambigüedad (fregeana) esencial.*

Vale la pena considerar este asunto con un poco más de detalle. Una reacción natural a mi solución del enigma podría ser intentar recrear el enigma mientras se *estipula* que no hay ambigüedad de ninguna clase en la expresión. Desde luego, no es plausible suponer que Pierre y Peter pueden asentir racionalmente tanto a “*London is pretty*” como a “Londres no es linda” y tanto a “Paderewski tiene talento musical” como a “Paderewski no tiene talento musical” respectivamente, a menos que asignen diferentes sentidos a “*London*” y “Londres” o a “Paderewski”.²¹ Pero podemos insistir en que *nosotros* no admitimos ninguna ambigüedad en nuestra representación del enigma.²² ¿Dónde andaría mal el enigma en esta estipulación?

Sí parece razonable suponer que podemos descitar a la gente aun cuando use expresiones ambiguas. De cualquier modo, nuestro uso de una expresión ambigua en la atribución de creencia debería perder la ambigüedad de una manera que corresponda con el uso original del término ambiguo por la persona descitada.²³ De manera similar

²¹ Kripke disiente (p. 125). Discutiré su desafío más abajo (pp. 42–44).

²² Kripke puede ser sensible a esta idea cuando dice (p. 130): “Peter asentirá a ‘Paderewski tenía talento musical’ y *nosotros* [su énfasis] podemos inferir —usando ‘Paderewski’ *como usualmente lo hacemos* [mi énfasis], para nombrar al músico y estadista polaco—.”

²³ El texto iba a decir: “[D]e cualquier modo, si nuestra atribución es verdadera, tenemos que usar la expresión ambigua en nuestra atribución de creencia de una manera que corresponda a su uso por la persona descitada.” Esto no es exactamente correcto: podríamos acertar por azar. Un bombero historiógrafo cubano dice oralmente: “Tengo

podemos traducir oraciones que contienen expresiones ambiguas de otras lenguas a oraciones en nuestra propia lengua. De cualquier forma, si la oración en nuestra lengua preserva el valor de verdad de la original, entonces el término que usamos para traducir el término ambiguo debería él mismo ser aclarado de una manera que corresponda con el esclarecimiento de la ambigüedad del término original. “*Bank*” tiene en inglés una ambigüedad similar a la de “banco” en español.²⁴ Si “*the bank closes at four*” es verdadera en inglés, aun cuando las riberas nunca cierren, entonces, para garantizar que el valor de verdad se preserva, si traducimos la oración a español como “el banco cierra a las cuatro”, debemos eliminar la ambigüedad de “banco” con algo como “institución financiera”.

Esto muestra que podemos permitir un principio de descitación más liberal —uno que no excluya la ambigüedad de la cláusula incorporada. La versión fregeana del principio de descitación podría expresarse de la siguiente manera:

| | |
|------------------|--|
| (D'')escitación: | Si un hablante- <i>L</i> normal, bajo reflexión, asiente sinceramente a ‘ <i>p</i> ’ (una oración de <i>L</i>), y si ‘ <i>q</i> ’ es una traducción (al español) de ‘ <i>p</i> ’ tal que hay un sentido de ‘ <i>q</i> ’ que es el mismo que el sentido de ‘ <i>p</i> ’ en el que el hablante asentirá a él, en- |
|------------------|--|

que estudiar Cienfuegos.” Alguien reporta su afirmación diciendo oralmente que el bombero tiene que estudiar cien fuegos. Efectivamente, lo tiene que hacer (*e.g.*, para poder recibir una promoción); la atribución es verdadera. Pero mi representación escrita del caso muestra que la atribución pierde la ambigüedad de una manera que no corresponde con el esclarecimiento de la ambigüedad propio de la oración originalmente afirmada.

²⁴ De hecho, en español es ambiguo de muchas maneras más, pues significa, aparte de *institución financiera* y *ribera de río*, también *taburete*, *cardumen*, *varilla del freno de un caballo*, *tablero*, y se refiere al juego de bacará.

tonces S cree que q , en ese sentido de ‘ q ’.

Con este principio, no necesitamos requerir, como Kripke lo ha hecho, que “la oración que sustituye a ‘ p ’ ha de carecer de [...] *ambigüedades* o recursos indécicos o pronominales”.

He hablado de “hacer corresponder” el sentido de la expresión incorporada en nuestra atribución con ese con el cual el agente toma la oración (a la cual asiente). En (D'') interpreté esa relación de correspondencia simplemente como identidad: el sentido de ‘ q ’ debe ser el mismo que aquel con el cual el agente asiente a ‘ p ’. El milliano, por contraste, admitiría una traducción de ‘ p ’ a cualquier oración ‘ r ’ siempre y cuando ‘ r ’ satisfaga la condición más débil de que todas sus partes tengan la misma extensión que las de ‘ p ’. El milliano, en efecto, interpreta la relación de correspondencia como aquella de correferencialidad de partes. Esto plantea una pregunta interesante: ¿hay un continuo entre la identidad de los sentidos de las partes de dos oraciones, en un extremo, y la correferencialidad de los sentidos de las partes de esas dos oraciones, en el otro? Aquí limitaré mi discusión a la posición fregeana más extrema que requiere de la identidad de sentido para una descitación adecuada.²⁵

Cuando Pierre asiente a “*London is not pretty*” y lo descitamos en inglés y concluimos “*Pierre believes that London is not pretty*”, nuestro uso de “*London*” debe corresponder con el de Pierre. De manera similar, nuestra traducción de “*Pierre believes that London is not pretty*” a “Pierre cree que Londres es linda” debe preservar esta correspondencia de manera que nuestro uso de “Londres” ahora corresponda a su uso de “*London*”. Pero cuan-

²⁵ Este problema merece una discusión más detallada en algún otro foro.

do Pierre asiente a “Londres no es linda” debe ser claro que ahí toma “Londres” con un sentido diferente de aquel con el cual tomó “*London*” anteriormente. Para descitarlo apropiadamente tendríamos que usar este nuevo sentido al atribuirle la creencia de que Londres es linda. Pero ya que estipulamos que usaremos los términos en forma no ambigua, estamos impedidos de hacer la atribución con un nuevo sentido. De manera parecida, si Peter no asignara diferentes sentidos a “Paderewski”, no asentiría tanto a “Paderewski tiene talento musical” como a “Paderewski no tiene talento musical”. Pero si sí asigna diferentes sentidos a esa palabra, entonces, para descitarlo apropiadamente, debemos preservar esa ambigüedad de una manera correspondiente en nuestras atribuciones de creencia. Nuestra estipulación anterior nos impediría preservar esa ambigüedad.

En un momento (p. 131) Kripke nota: “Si Peter no hubiera tenido la historia pasada de aprender el nombre ‘Paderewski’ de otra manera, ciertamente juzgaríamos que está usando ‘Paderewski’ de una manera normal, con la referencia normal, e inferiríamos [su creencia] mediante el principio de descitación.” Sí parece plausible que la historia más temprana y más tardía de los sujetos de estos ejemplos no fuera relevante para nuestras prácticas de descitación. Pero ahora tenemos una razón de principio para permitir que esas historias más tempranas y más tardías afecten nuestras atribuciones de creencia. Una vez que se ha establecido que él no está usando ‘Paderewski’ de la manera normal (incluyendo tanto *músico* como *estadista* como parte de su sentido), no podemos usar ‘Paderewski’ como normalmente lo hacemos para referir las creencias de Pierre. Pierre no ha cambiado de opinión acerca de nada que creyera antes, y si un *shock* borrara todos sus recuerdos él sería como cualquier otro (a quien normalmente descitaríamos) que asintiera a “Paderewski no tiene

talento musical”; pero los cambios sí marcan una diferencia con respecto a la conveniencia de usar ciertas palabras como normalmente lo hacemos al atribuirle creencias.²⁶

Un reto y su respuesta

Antes de terminar, es importante responder, aun cuando sea de manera breve, a un reto formulado por Kripke para cualquier resolución del enigma que apele esencialmente a la construcción teórica de *sentidos*. Kripke es escéptico ante cualquier propuesta de ese tipo. Según él, “la objeción más clara, que muestra que hay que darles su debida importancia a las demás, es ésta: la tesis en consideración de hecho no da cuenta del fenómeno que trata de explicar” (p. 110). Yo no intentaré argüir que hay algo a lo que no debe darse su debida importancia (y no necesitamos una objeción clara para mostrar que a las cosas se les debe dar su debida importancia). Pero sí argüiré que la posición fregeana da cuenta del fenómeno que trata de explicar.

Hay una impresión bien difundida de que Kripke (junto con Donellan y otros) ha refutado decisivamente la posición tradicional de Frege acerca de los nombres propios. Yo también estoy completamente convencido por los argumentos de Kripke. Éstos refutan decisivamente la posición contra la cual están dirigidos. Esa posición, sin embargo, *no es la de Frege*. De hecho, a mí me parece que la posición que se suele *llamar* ‘la posición fregeana’ es una de la cual Frege hizo esfuerzos por deshacerse.

Compárense tres *representaciones* de la teoría fregeana con la presentación original.

La tesis [...] de Frege sostiene que un hablante del lenguaje asocia con cada nombre propio alguna propiedad (o conjunción de propiedades) que determina su referente como la

²⁶ *Cfr.* Kripke, p. 145, n. 37.

única cosa que satisface la propiedad (o propiedades) asociada(s). Esta propiedad (o propiedades) constituye(n) el “sentido” del nombre [...] Frege (y Russell) llegó a la conclusión de que, estrictamente hablando, los diferentes hablantes del inglés (¡o del alemán!) usan comúnmente un nombre tal como “*Aristotle*” en sentidos diferentes (aunque con la misma referencia). (Kripke, p. 103)

El modelo más natural para el sentido de un nombre propio es un concepto que el hablante asocia con el nombre [...] Dado el hecho de que nuestros conceptos tienden a diferir, [...] será una ocurrencia común que los sentidos que asociamos con nuestras palabras difieran. (Richard, pp. 64 y 65)

Frege está identificando el valor informativo del nombre para un hablante particular con el contenido conceptual que el hablante asocia con el nombre [...] E]l contenido conceptual asociado con un nombre propio, usado con una referencia particular, varía significativamente de un hablante a otro. (Salmon, pp. 47 y 125)

[H]ay conectado con un símbolo (nombre, combinación de palabras, grafismo [!]), [...] lo que estoy llamando el *sentido* del símbolo, en el cual está contenido el modo de presentación. [...] El mismo sentido no siempre se conecta, aun en la misma persona, con la misma idea. La idea es subjetiva: la idea de una persona no es la misma que la de otra. [...] Esto constituye una diferencia esencial entre la idea y el sentido de un símbolo, lo cual puede ser la propiedad común de muchas personas y por lo tanto no es parte o modo de la mente individual. [...] De ahí que no debemos tener escrúpulos acerca de hablar simplemente de *el* sentido. (Frege, 1960, pp. 57, 59–60)

Debemos apreciar la insistencia de Frege en que los sentidos son *objetivos*. Muchos apelan a la segunda nota de pie de página de “Sobre el sentido y la denotación” para sostener la interpretación de que el sentido de un nombre puede

variar intersubjetivamente.²⁷ Pero Frege es cuidadoso: “En el caso de un nombre propio real tal como ‘Aristóteles’ las *opiniones* acerca del sentido podrían diferir. Podría, por ejemplo, *tomarse* como lo siguiente: el alumno de Platón y el maestro de Alejandro Magno. Cualquiera que hace esto *asociará* otro sentido a la oración ‘Aristóteles nació en Estagira’ que el que asociaría uno que *toma* como el sentido del nombre: el maestro de Alejandro Magno que nació en Estagira” (1960, p. 58, n. *, el énfasis es mío).²⁸ Todo esto sugiere no tanto que el sentido de ‘Aristóteles’ varía intersubjetivamente, sino que las *opiniones acerca* del sentido, o *lo que se toma como* el sentido, pueden variar intersubjetivamente. Recuérdese, “el mismo sentido no siempre está conectado, aun en la misma persona, con la misma idea”. Un solo sentido puede estar conectado con diferentes ideas. Con esto en mente, reconsideremos las objeciones de Kripke.²⁹

Las objeciones dirigidas en contra de lo que Kripke llama “la posición extrema fregeano-russelliana de que los sentidos de los nombres propios varían, hablando estrictamente, de un hablante a otro” no nos ocuparán aquí. Como he dicho, esa posición extrema, me parece, es una que Frege fue cuidadoso en distinguir de la de él. En efecto, Frege concuerda con Kripke en que “[los n]ombres [...] son moneda corriente en nuestra lengua común” (Kripke, p. 111) cuando dice que “el sentido del símbolo [...] puede ser la propiedad común de muchos hombres” (Frege, 1960, p. 59).

²⁷ Véase, *e.g.*, Kripke, p. 136, n. 2; p. 137, n. 3; y Richard, p. 64.

²⁸ Desafortunadamente, en la misma nota de pie de página, Frege es también descuidado al describir el caso de ‘Aristóteles’ como un ejemplo de “variaciones en sentido”. También me parece que Frege (1988, pp. 40–42) sostiene la interpretación que defiendo.

²⁹ Recuérdese además mi p. 28, n. 14.

Para Frege, el sentido de un nombre determina su referencia. Tal vez la “teoría descriptonista” [*description theory*] fregeana más plausible sea una según la cual los nombres se asocian con *propiedades unívocamente identificadoras* [*uniquely identifying properties*]. Más adelante, Kripke considera esta posición. “Vale la pena notar, dice él, que el enigma aún puede surgir incluso en el caso en que Pierre asocia con ‘Londres’ y ‘*London*’ *exactamente* las mismas propiedades *unívocamente identificadoras*” (p. 125). Nos invita a imaginarnos un caso en el que Pierre asocia a ‘Londres’ y a ‘*London*’ las propiedades de *ser la ciudad más grande (y la capital) de Inglaterra, contener el Palacio de Buckingham*, etc. Para nuestros fines, lo que importa es que no haya una propiedad que constituya el sentido de uno de los nombres que no constituya también el sentido del otro. Y se supone que Pierre capta este único sentido y lo asocia tanto con ‘Londres’ como con ‘*London*’. En tal caso, ni ‘Londres’ ni ‘*London*’ parecerían ser ambiguos, aun según estándares fregeanos.

Ahora bien, según Kripke, Pierre “sólo necesita concluir que ‘Inglaterra’ e ‘*England*’ nombran dos países diferentes, que ‘el Palacio de Buckingham’ y ‘*Buckingham Palace*’ (¡recuerden la pronunciación!) nombran dos palacios diferentes, y así sucesivamente”. Concluye Kripke (p. 126), “[e]l hecho es que la paradoja se reproduce al nivel de aquellas ‘propiedades unívocamente identificadoras’ que los teóricos descriptonistas han considerado que ‘definen’ los nombres propios (y *a fortiori*, que fijan sus referencias)”.

Yo dudo de la conclusión de Kripke. ¿Será posible que Pierre asocie la misma propiedad con ‘Londres’ y con ‘*London*’ aunque él crea que Inglaterra e *England* son países diferentes y aunque la propiedad que él asocia con ‘Londres’ él la expresara usando ‘Inglaterra’ y la que asocia con ‘*London*’ él la expresara usando ‘*England*’? Creo que no.

Y tal vez una respuesta afirmativa prejuzgue la cuestión central de la discusión.

Para clarificar la dialéctica: estoy considerando las posibilidades de una posición fregeana acerca del valor semántico de los nombres propios. Kripke proclama que la posición no resuelve el enigma porque el enigma surge de nuevo para esa posición. Pero ¿es esto cierto? Si una propiedad identificadora puede ser el sentido de dos nombres α y β , y si Pierre puede, al parecer sin contradicción, aseverar $[F\alpha]$ y $[\sim F\beta]$, entonces el enigma resurge.³⁰ Pierre puede, al parecer sin contradicción, aseverar “Londres es linda” y “*London is pretty*” ¿Es posible que una única propiedad unívocamente identificadora sea el sentido de ‘Londres’ y ‘*London*’ en sus dos afirmaciones? Kripke argüiría que sí, que el sentido podría estar compuesto de propiedades tales como *ser la capital de Inglaterra*, etcétera.

Mi respuesta es que ‘ser la capital de Inglaterra’ tiene un significado no ambiguo sólo si ‘Inglaterra’ tiene un significado no ambiguo. En el ejemplo, por supuesto, ‘Inglaterra’ tiene *referencia* no ambigua. Pero a estas alturas ya sabemos que no debemos asumir que referencia no ambigua implica significado no ambiguo: tal supuesto parece presuponer el millianismo. Según la posición que defiendo, en este nuevo ejemplo Pierre asocia dos propiedades diferentes con (respectivamente) ‘Inglaterra’ e ‘*England*’, tal que las dos se pueden expresar por la palabra (que por lo tanto resulta ambigua) ‘Inglaterra’ en español. Que ésta es la situación de Pierre se confirma cuando él no deduce las consecuencias lógicas ordinarias de lo que *sería* su conjunto de creencias si realmente *asociara* la misma propiedad

³⁰ Es significativo que parezca imposible crear una versión “monolingüe” de este enigma sobre el modelo del enigma acerca de Paderewski. Un enigma de este tipo tendría un solo nombre α , con un solo sentido, tal que Pierre puede, al parecer, afirmar $[F\alpha]$ y $[\sim F\alpha]$ sin contradicción. Kripke no nos ofrece un enigma de este tipo.

identificadora con ‘Inglaterra’ e ‘*England*’. Si realmente asociara la misma propiedad identificadora con ‘Inglaterra’ e ‘*England*’ (como debe hacer si va a asociar la misma propiedad con ‘Londres’ y ‘*London*’), entonces *no* podría “concluir que ‘Inglaterra’ e ‘*England*’ nombran países diferentes” como sugiere Kripke.

Así es que la posición que definiendo rechaza el intento de rehabilitar el enigma en el nivel de descripciones identificadoras. Es un testimonio de la profundidad del artículo de Kripke que él luego pase a considerar la posición que subyace a este rechazo.

Por supuesto, el teórico descripcionista podría tener esperanzas de eliminar el problema “definiendo” también “Inglaterra”, “*England*”, y así sucesivamente, mediante descripciones apropiadas. Dado que por principio el problema podría asomar su cabeza en el siguiente “nivel”, el teórico descripcionista tendría que creer que se puede alcanzar eventualmente un “último” nivel en donde las propiedades definitorias fueran propiedades “puras” que no contuviesen nombres propios (¡ni términos de clases naturales! [...]). Yo no conozco ninguna razón para suponer con alguna plausibilidad que se pueda alcanzar semejante nivel, o que las propiedades puedan seguir siendo identificadoras si uno intenta eliminar todos los nombres y demás dispositivos relacionados con ellos (p. 127).

En la nota de pie de página que acompaña esta cita se lee: “La ‘eliminación’ sería máximamente plausible si creyéramos, en concordancia con la epistemología russelliana, que todo mi lenguaje, al escribirse en una notación no abreviada, refiere a elementos constituyentes de los cuales tengo ‘conocimiento directo’ [*acquaintance*] en el sentido de Russell” (p. 143, n. 29).

Es importante apreciar la conexión entre (i) (lo que Kripke llama) ‘la teoría de las descripciones’ [*description theory*]; (ii) la aceptación de un nivel de propiedades ‘pu-

ras'; y (iii) (lo que llama) una epistemología 'russelliana'. A mí me parece que hay algunas consideraciones que tal vez nos hagan menos pesimistas de lo que es Kripke acerca de las perspectivas de una combinación de estas posiciones.

Primero, parece haber un error categorial en la pretensión de que el teórico de las descripciones debe creer que eventualmente se puede llegar a un nivel de propiedades puras que no involucren nombres propios. *Ninguna* propiedad puede involucrar nombres. Sólo las expresiones pueden involucrar nombres. Supóngase entonces que lo que se quiere decir es que las propiedades puras se expresarán en términos que no incluyan ningún nombre propio. Ahora bien, si Kripke tiene razón en que el enigma puede, en principio, surgir de nuevo en cada nivel, entonces tiene razón en que el descripcionista debe postular un nivel de propiedades puras cuya expresión no involucre ningún nombre propio. Pero según la epistemología de Russell, hay 'nombres lógicamente propios' cuyas referencias conocemos directamente. Si el enigma no puede surgir de nuevo en el nivel de los nombres lógicamente propios, entonces el nivel de propiedades puras puede incluir propiedades que se pueden expresar con nombres lógicamente propios. Russell pensaba que conocemos directamente los universales. Así es que sería suficiente para mi posición que pudiéramos alcanzar el nivel de los universales.

Segundo, Kripke duda que las propiedades puedan seguir siendo unívocamente identificadoras si nombres y dispositivos semejantes no figuran en los términos con los cuales se expresan. Si esto fuera así, el sentido no determinaría la referencia y la posición que definiendo se vería refutada. Por otro lado, sin embargo, si el principio de identidad de los indiscernibles fuese verdadero, entonces no sería posible producir un caso de dos individuos que compartieran un solo conjunto de propiedades. La posibi-

lidad general de descripciones puramente cualitativas que son identificadoras quedaría establecida.

Tercero, la privacidad no es necesariamente un concomitante del conocimiento directo. A pesar de lo que Russell pueda haber dicho, está claro que dos agentes pueden estar en contacto directo [*acquainted*] con la misma propiedad o universal (éstos no se deben confundir con “datos sensoriales”). Así, la posición que defiendo no tiene la consecuencia de que “nadie habla un lenguaje inteligible para cualquier otro” o que “nadie habla el mismo lenguaje dos veces”, como teme Kripke (p. 143, n. 29).

Conclusión

No pretendo haber establecido la posición fregeana acerca del contenido semántico de nombres propios en contextos de creencia. Espero, sin embargo, haberlo hecho más atractivo y haber aclarado algunos posibles malentendidos. El enigma de Kripke parece presuponer el millianismo. Si mi argumento es correcto, ejemplos de lo que parece ser una falla de intersustitución de nombres codesignativos en contextos de creencia se pueden tomar como argumentos en contra de la posición milliana. Por lo menos, esa posición parece ser inadecuada tal como está. Tal vez se pueda complementar sin rechazarla.³¹

Más aún, la posición opuesta, la fregeana, acomoda estos ejemplos. Muchos de los argumentos negativos de Kripke se dirigen en contra del punto de vista de que los sentidos de los nombres propios varían de un hablante a otro. Este punto de vista no es ni atractivo ni, me parece, fregeano. Es mejor una posición en que los sentidos son “la propiedad común de muchos”, en que los sentidos son rasgos objetivos de los nombres con los cuales se asocian, y en que

³¹ Investigo esta línea en “¿Hay un enigma sobre la creencia?”.

el sentido de un nombre determina su referencia. Así, esta posición sostendría que el sentido de un nombre propio es una propiedad identificadora de una única entidad como la referencia de ese nombre. He respondido al argumento de Kripke de que el enigma resurge para esta posición. Y me parece que las perspectivas para desarrollar este punto de vista, siguiendo líneas sugeridas por el mismo Kripke, no son tan desalentadoras como él y otros suponen. Una línea prometedora combinaría la semántica fregeana esbozada aquí con una epistemología de conocimiento directo russelliana (o fregeana o gödeliana) y una metafísica que sostuviera el principio de Leibniz de identidad de los indiscernibles. Tal desarrollo está por verse, pero también lo está su refutación.

Al comienzo dije que haría tres cosas: (i) localizar claramente el enigma sobre la creencia y decir en qué consiste; (ii) considerar con cuidado la metodología del artículo de Kripke y utilizar esa metodología para mis propios fines; y (iii) investigar las relaciones entre los conceptos de racionalidad, valor semántico y referencia. ¿Cuáles son los resultados?

(i) El enigma se encuentra en la tensión entre supuestos inocentes y la contradicción a la que estos supuestos parecen llevar. La primera parte de este ensayo se dedica sobre todo a mostrar exactamente qué supuestos son imprescindibles y cómo procede la derivación. Mi presentación del argumento tradicional y de los análogos se desvía en alguna medida de la narración del mismo Kripke, pero de una manera que (me parece) sólo hace resaltar más claramente los rasgos esenciales del enigma.

(ii) La metodología de Kripke es muy parecida a la de un científico. En efecto, su ensayo hace la siguiente acusación: el antimilliano ha usado los resultados de un ejemplo hipotético sin *controlar* apropiadamente los efectos posibles

de otros factores. Ésta es una metodología aceptable. Y es cierto que cuando realizamos experimentos mentales que controlan el efecto de (S), explotamos un principio (H), acerca de la representación lógica de los nombres del lenguaje ordinario, que presupone el millianismo (pero que pudiera ser rechazado por teorías fregeanas). Los experimentos mentales muestran que *algún* principio milliano es imprescindible para producir los resultados y esto muestra que el enigma sobre la creencia se deriva del millianismo. Por lo tanto,

(iii) *Si identificamos el valor semántico de un nombre con su referencia, como en el caso del millianismo, encontraremos dificultades con la noción de racionalidad: o tendremos que decir que no es irracional tener creencias contradictorias (aun cuando esas creencias sean enteramente ocurrentes y explícitas) o bien nos encontraremos caracterizando como irracionales a agentes que obviamente no lo son. En contraste, si identificamos el valor semántico de un nombre con su sentido, lo que constituye la innovación teórica de Frege, la creencia no nos será enigmática.**

BIBLIOGRAFÍA

- Frege, G., 1960, "On Sense and Reference", en P. Geach y M. Black (comps.), *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 56–78.
- , 1988, "Thoughts", en N. Salmon, y S. Soames, 1988, pp. 33–55.
- Richard, M., 1990, *Propositional Attitudes*, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra.

* Agradezco la ayuda generosa de Laura Lecuona, Pedro Ramos, Marcelo Sabatés y Margarita Valdés. Les doy gracias a Mark Johnston y a Scott Soames por sus útiles observaciones.

Salmon, N., 1986, *Frege's Puzzle*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts.

Salmon, N. y S. Soames, 1988, *Propositions and Attitudes*, Oxford University Press, Nueva York.

Recibido: 21 de julio de 1993

SUMMARY

This paper investigates S. Kripke's, "A Puzzle about Belief". I focus on three areas. First, it is not always clear where the puzzle lies. In what does the puzzle consist, exactly? A second focus is the methodology of Kripke's paper. I believe Kripke's use of the puzzle to defend Millianism involves an interesting methodology which has not received the attention it deserves. Third, I discuss relations between rationality, semantic value and reference. The current unfashionability of Fregean theories may be sustained by insensitivity to these relations. Toward the end I consider and reject a challenge to the Fregean position defended.